

Declaraciones del ministro señor Martín Artajo

La misión de España y Portugal en el
ámbito de la nueva Europa

Lisboa, 3.—El ministro de Asuntos Exteriores de España, don Alberto Martín Artajo, ampliando sus declaraciones a los directores de las Agencias EFE y Logos, ha hecho al periódico portugués «Novidades» las siguientes manifestaciones, extendiéndose especialmente en lo que se refiere al bloque ibérico:

«Al constituirse el bloque ibérico —dijo el ministro— se precisó que su finalidad era no sólo conservar la paz en esta zona del mundo, sino principalmente transmitir ese depósito sagrado a los demás cuando la hora viniera. Esta misión fundamental del bloque ibérico es la que nos espera, exigiendo la colaboración entre las dos naciones, dentro de los principios que sirven de cimiento más sólido a nuestra civilización.

Aunque encuadrados políticamente en la estructura general de la nueva Europa —agregó el ministro—, no llevaremos más lejos de lo que la debida moderación permita las fórmulas que con tanta vehemencia y apremio se defienden por algunos. Con ello acertaremos sin duda a ahorrarnos, como vino a decir hace pocos meses vuestro ilustre presidente Salazar, las tardías rectificaciones que suelen seguir a las horas de pasión.

Portugal y España pueden contribuir en esta hora, de manera muy idealista y desinteresada y a la vez de modo muy sereno y constructivo, a alumbrar la nueva era de paz y fraternidad entre los pueblos.

Elogios de la Prensa portuguesa

Las manifestaciones del ministro español aparecen en primera plana del diario «Novidades» bajo grandes titulares y en el lugar más destacado. Comentándolas, publica también dicho diario un artículo editorial, titulado «Portugal y España», en el cual escribe, entre otras cosas: «Precisamente por haber permanecido neutrales españoles y portugueses, tenemos la cabeza fría y la sangre en calma, pudiendo, por tanto, librarnos de apasionamientos del espíritu, que es consecuencia natural de toda guerra, y hemos de ofrecer sin duda con los demás países neutrales una benéfica acción moderadora en el proceso de esta agitada postguerra, que en forma trágica plantea al mundo gravísimos problemas, especialmente por lo que se refiere al orden espiritual».

A continuación subraya que la campaña desencadenada contra España no responde al sentimiento de la opinión pública en los países donde se incube ese organizado asalto dialéctico. «A lo sumo —dice— engaña y solivianta a esa opinión. España desenvainó la espada cuando la idea roja pretendía sumir al país en un caos inimaginable. La victoria de Franco fué el resultado de aquella batalla».

No tiene otra explicación —prosigue «Novidades»— ese vendaval contra puertas castellanas, cerradas a la invasión de la utopía y el absurdo. Pero el solar español conserva sus ventanas abiertas, de par en par, en perfecta fidelidad secular a la tradición y a la Historia, testimonio vivo del espíritu de solidaridad con los demás pueblos empeñados en la paz y en el progreso del mundo.

Seguidamente pone de relieve que «España salvó de la guerra —junto con Portugal— una zona indispensable. Las intrigas de políticos fracasados —anejos a compromisos inconfesables— pretenden destruir la inapreciable conquista. Hay siempre entre Portugal y España —dice seguidamente— fronteras inviolables, indestructibles, aunque florecidas. Pero jamás se separan los dos pueblos en esa misión universalista que la Providencia les depará desde un principio». Por último, el diario «Novidades» publica una semblanza del ministro de Asuntos Exteriores español, de quien dice: «Con sus cuarenta años, don Alberto Martín Artajo es una auténtica mocedad en plenitud toda exuberante de salud física y moral. Su vida es acción; nunca dejó de ser un alma seducida por nobles ideales y arrastrada por altos planes del espíritu».

Además, los diarios «O'Seculo», «A Voz» y «Diário da Manhã» han reproducido las manifestaciones del ministro español para «Novidades». «O'Seculo» las publica en primera plana, calificándolas de sensacionales, mientras que el «Diário da Manhã» publica un resumen y anuncia que las reproducirá íntegramente «por tratarse de un documento digno de estudio». —EFE.

Compenetración hispano-lusa

El diario «A Voz» denuncia y censura las campañas contra España

Lisboa, 3.—El diario «A Voz» publica un editorial en el que se pregunta si la campaña que se lleva a cabo contra España y contra su Gobierno tiene por objeto resucitar los días tenebrosos de los asaltos a las casas particulares, quemar de iglesias y conventos y asesinatos de sacerdotes y de millares de personas que sólo significaban en la sociedad el principio de adhesión a una época de orden.

Recuerda el editorialista el martirio y muerte de ocho hermanos de las Escuelas de la Doctrina Cristiana, fusilados por los rojos en Asturias en octubre de 1934, y señala que aquellos religiosos dedicaron su vida a enseñar a los niños, especialmente a los de clases modestas y pobres. «¿Por qué los mataron? —añade—. Sólo por odio a la religión. En aquellos días, como en las siguientes jornadas de 1936 a 1939, fueron asesinados millares de sacerdotes y religiosos en toda España».

El artículo termina refiriéndose a la

El relieve de España en el comercio internacional algodónero

A 776.552.562 pesetas asciende el valor del algodón adquirido
por España en dieciséis meses

Nuestro país ha establecido para sus operaciones un nuevo tipo de contrato-base

Madrid, 3.—La considerable cantidad de 153.721 toneladas de algodón, con un valor de 776.552.562 pesetas, ha sido comprada por España en los últimos dieciséis meses, según datos obtenidos en la Dirección General del Consorcio Algodonero.

Los directivos de esta misma entidad nos han informado de que la comisión algodónera americana, delegada de la «American Cotton Shippers Association», que ha estado en Madrid estos días para resolver diversas cuestiones del comercio algodónero, conforme a anuncios oportunos, compuesta por exportadores de algodón americano, estimó indispensable venir a Europa a ponerse en contacto con los directivos algodóneros de los países consumidores para reajustar las normas comerciales con un mutuo cambio de impresiones, tan necesitadas de ello después del aislamiento impuesto por la guerra.

«Podemos asegurar —nos han dicho en la Dirección General del Consorcio Algodonero— que España es uno de los clientes mundiales de mayor interés; si no precisamente por un volumen de compra extraordinario, si tiene esta categoría por la tradicional seriedad que en el cumplimiento de sus compromisos ha demostrado siempre. Prueba de ello la dió al terminar la guerra de 1914-18, que, como ahora, se presentaron en todo el mundo tremendas dificultades económicas, que indujeron a los importadores algodóneros de casi todos los países a incumplir sus obligaciones mercantiles. Sin embargo, los españoles hicieron honor a las suyas con el mayor esmero, a pesar de las cuantiosas pérdidas que habían de soportar con ello.

El movimiento algodónero mundial, debido a su ingente desarrollo, tiene una rica tradición en sus relaciones jurídico-mercantiles, que ha motivado acuerdos internacionales que precisan hasta el detalle ese complicado tráfico. Todo el complejo de convenios se con-

causa de beatificación de los ocho religiosos citados y del padre Lorenzo de la Inmaculada, pasionista, que fué a Turón para confesar y dar la primera comunión, y por eso fué fusilado también.

El mismo periódico, en su sección «Ecos y noticias», hace alusión a una crónica del corresponsal en España del «Chicago Daily», Leight White, en la que habla de la fuerte posición que demuestra Franco al permitir a la opinión española estar bien informada de los acontecimientos del mundo por medio de una Prensa honesta. El periodista norteamericano establece un paralelo con Moscú, donde los corresponsales extranjeros viajan con escolta de vigilancia. «Y la Unión Soviética —dice— no sólo pertenece a la Sociedad de las Naciones Unidas, sino que es uno de «los tres grandes». España, en cambio, está excluida del «club», como dijo Bevin».

cretó en el llamado «contrato de Liverpool», que sirve de tipo para las relaciones comerciales algodóneras entre América y Europa, y que prevé todas las incidencias que puedan surgir; mas, establecido para una época, resultaba inaplicable en infinidad de situaciones planteadas por la guerra, y España, que también se ha venido basando desde hace muchos años en dicho contrato, tuvo que irlo modificando para adaptarlo a las circunstancias de excepción, llegando en esta evolución a producir un nuevo tipo de contrato-base propio, que ha suplido al de Liverpool y que hoy en el mundo algodónero tiene personalidad y peculiaridad propias.

Manteniendo el respeto a las normas comerciales fundadas en la equidad del contrato de Liverpool, introdujimos innovaciones técnicas interesantísimas que constituyen ese tipo de contrato «sui generis», que no es ni Fob, ni Cif, pero que tiene parte de cada uno de ellos. El Cif se utilizaba tradicionalmente, pero los trastornos de los transportes marítimos imposibilitaron su subsistencia,

por lo que hubo de implantarse dicho contrato especial, aceptado por los embarcadores americanos, que nos da todas las ventajas jurídicas del Cif y las del Fob. Somos, además, los primeros que sistemáticamente y como compradores de estas grandes masas de algodón utilizamos los certificados oficiales de calidad en origen para el Brasil, primero, y para los Estados Unidos, después. El uso del certificado «A» ha sido una innovación completa y un ensayo audaz, cuyo resultado es espléndido; de tal modo, que en el propio mercado interior de los Estados Unidos se va extendiendo rápidamente, a pesar de la resistencia que por apego a la tradición arbitral encuentra. Y ahora que algún país europeo inicia la compra de algodón en grandes cantidades, nos consultan sobre las ventajas de nuestro régimen de compra, por considerarlo el más acertado para casos análogos al nuestro.

Estas innovaciones, y otras varias aceptadas por los exportadores americanos durante la guerra, exigían un reajuste por conversación directa entre ambas partes, y esto es lo que estos días se ha venido efectuando con la comisión algodónera americana. Entre otros puntos fundamentales, además de lo antedicho, se ha completado el régimen de garantía para el comprador, combinando el certificado «A» con el arbitraje Barcelo-

na, por medio de una fórmula propuesta por nosotros y que resuelve un problema de los más delicados. También se ha venido a la dificultad del alcance que el «Character» ha de tener para el arbitraje, concediendo nosotros la substitución del «Good character» por el «Normal character». Repasado, en fin, todo el conjunto de nuevas condiciones jurídicas de nuestro contrato-tipo, se han ido ratificando, quedando sólo pendientes ciertos puntos relativos a estadísticas y «Carryings charges».

Así España ha dado un nuevo paso para elevar su personalidad algodónera internacional, que comenzó a tener importancia cuando, presidiendo mister M. Anthony precisamente la «Texas Cotton Association», se obtuvo en el año 1929 la categoría de bolsa mundial para Barcelona, al concederle el arbitraje, con apelación en Liverpool, primero, substituido después por apelación en El Havre y conseguido ahora para la propia Barcelona, con lo cual esa personalidad internacional algodónera ya es plena.

El intercambio algodónero entre América y España se halla, pues, en la mejor situación —declara la Dirección del Consorcio Algodonero—. No sólo no ha surgido, en las anómalas circunstancias atravesadas, un solo tropiezo, sino que se nos consiguieron facilidades, como la aplicación a nuestras compras de los tipos del «Lease Lend Standard», que tanto mejoraron las calidades adquiridas. Y estas facilidades y cordialidad siguen actualmente entre embarcadores y nosotros como importadores para mejorar el intercambio en la iniciación de las nuevas circunstancias económicas.

El Consorcio Algodonero desde abril de 1944, en que empezó sus compras, hasta la actualidad lleva adquiridas a los Estados Unidos 102.304 toneladas de algodón, por un importe de 50.476.100 dólares. A otros países compró en el mismo periodo de tiempo 21.010 toneladas, por 6.976.000 dólares. Del área de la libra esterlina se han adquirido 30.407 toneladas, que montan 2.932.000 libras esterlinas. Al importe total de 776.552.562 pesetas, hay que añadir gastos de flete, seguros, etc., cifra que demuestra el extraordinario esfuerzo realizado por nuestro Gobierno para abastecer a España de tan preciada materia, siendo de lamentar las dificultades meteorológicas, causa de las restricciones de energía, frente al éxito de este esfuerzo de abastecimiento». —Cifra.

ESTILO Y CIFRA

El melón

Que, una diamantina y pura noche de diciembre, siete millones de veces estrellada; que, una idem de agosto, con lluvia de estrellas incesante; que, las cataratas de Niágara; que, la «risa innumerable», vista por Esquilo en el mar; que, Afrodita, o su equivalente, sin velos, al salir de la onda, tan campante; que, el Etna en erupción; que, las policromías del nácar, irisándose en la perpetua congesta del Mont-Blanc; que, la selva tropical, con música sincopada de papagayos; que, la caída carmesí de la tarde, entre la negrura de los cedros del Líbano; que, la Costa Brava de Pollensa, o, la Costa Brava de Bagur...

¡La verdadera maravilla de la naturaleza es un melón, que haya salido bueno! Es éste, por otra parte, uno de los pocos capítulos de la Axiología, o ciencia de los valores, en que la primacía de lo óptico desarma su jurisdicción. Eclecticos aquí como en parte alguna, reconocemos igual posibilidad de excelencia en un melón gótico u ojal que en un melón románico. Acaso, relativamente a aquellos que pudieran compartir con ciertas perlas, sus hermanas menores, la calificación de lo barroco, nos coloquemos aún en cierta actitud de reserva. Las mismas razones nos mueven a preceptuar el empleo, a despecho de novedades y de modas, del delineador cuchillo, en vez de la apenas modelante cucharilla, para el tratamiento de la tajada de melón en la mesa. Si hubiese cuchillo de plata, se preferiría, es claro. Cuando no lo hay, alabado sea Dios.

También nos mostramos tenaces en lamentar el error semántico de que, al melón —cuyo nombre específico empezaremos a escribir con mayúscula— se le llame genéricamente «fruta», al igual que a toda esa bisutería mal pintada, a que se da el nombre de «cercezas», o que a aquellos oxidables artículos de escritorio, que por «peras» conoce el común de las gentes. No es que uno se oponga a que todo esto se coma, y hasta se pague. Mas, ¿por qué hacerlo so color de comunidad con los productos egrejos, que tamaño, estructura, protección de corteza, eliminable levedad de pipas, puntual dulzor, consistencia proporcionada, han adecuado tan maravillosamente al regalo del hombre...? Bien se inventan títulos y calificaciones ostentatorias para los casos de agradecida excepción. A la langosta, se la pesca; pero se quiere, con llamarla «crustáceo», subrayar una distinción que impide confundirla igualmente con la muchedumbre ictiológica. Tampoco Wagner quiso que las invenciones de su música dramática se llamaran «óperas», sino, en ostentación de calidad, «dramas líricos». Al artillero no se le llama «soldado»; al jamón no se le llama «carne»... ¿Que «rebelión de las masas» frutal despoja al Melón de la categoría que le correspondiera, en una hora en que, liberalmente, también a los consules se les titula de diplomáticos y a los socios de una joven cofradía bajo el patrocinio de San José de Calasanz se les prestigia de académicos?

Hay clases de clases y un espíritu de confusión en la jerárquica distinción puede llevarnos a muy lamentables errores.

En un pueblo de la provincia de Badajoz, una familia, a los Melones particularmente aficionada, tenía en Córdoba un oficioso pariente, que se multiplicaba en lo de proporcionarle simientes para mejorar los cultivos que aquella familia intentaba, con resultados ordinariamente mediocres, en su huerto patrimonial. Los Melones de Montalbán, que de Córdoba no está lejos, gozan de una fama mercedísima. De pepitas de Melón de Montalbán fué, pues, el envío que aquel pariente diligencia en ocasión oportuna y, con todas las precauciones, se confió, en paquetillo, a Correos. Pero, al paquetillo acompañaba una epístola. En la epístola se detallaban, imprudentemente tal vez, las virtudes de lo remitido. Total, que, al verano siguiente, la familia se apercibió con grandes ilusiones a recoger lo sembrado tan privilegiadamente. ¡Ay, el resultado distaba mucho de aquellas! En los casos mejores, era Villacabras lo que lo recogido evocaba: Montalbán perdíase aún en la lejanía. Cuando más amarga era la decepción familiar, he aquí que, al honrado hogar extremo llegan algunas singulares noticias. Un extraño fenómeno se había producido: todo el pueblo se hacía lenguas de la calidad extraordinaria de ciertos melones nacidos en la huerta de algún empleado de Correos. Este, secuz probablemente de la ética que exalta el amor al oficio, parece que tenía la costumbre, sobre las cartas que llegaban a sus manos, no sólo de repartirlas, sino de concienzudamente leerlas. Los elogios prodigados a las semillas que transportaba, llamaron su atención. Poco poseído sin duda del Derecho Romano, con su distinción entre los objetos fungibles y no fungibles, debió de pensar, en su candor, que las pepitas de Montalbán podían substituirse con otras pepitas de Melón cualesquiera. Después, se le ocurrió, por eso de que los errores se encadenan y el abismo llama al abismo, sembrar las pepitas de Montalbán en su propio huerto.

Después de todo, el conflicto parece haber tenido, en la coyuntura, arreglo fácil. Sombrero en mano, el jefe de la familia frustrada fué a solicitar las pepitas de los Melones que se había comido el funcionario de Correos... ¡Ojalá llegaran a arreglarse de igual modo, simplemente con un año de espera, muchos de los conflictos pendientes, acerca de las minorías étnicas en los Balcanes.

Eugenio d'ORS

de la Real Academia Española

Gloria de la bahía de Hong-Kong

Cuando Hong-Kong cayó en poder de los japoneses, dióse una importancia excesiva al hecho, que no la tenía, en cierto modo, desde el punto de vista militar. Olvidaron entonces los informadores que a partir de la toma de Kiu-Kiu y de la gran isla Formosa, y del dominio sobre Corea, ventajas inesperadas y sucesivas de las armas y la diplomacia niponas, el legionario peñasco inglés había perdido su valor estratégico, que vino a heredar Singapur, que está, como se sabe, mil cuatrocientas millas abajo. Inglaterra se retiraba prudentemente. Sólo que en la nueva línea no se cuidó de guardarse las espaldas.

De improviso recobra Hong-Kong toda su antigua significación, al libertarse del cerco antedicho, y hasta la supera, en virtud de la ruina de varios de sus competidores. Antes que su puerto, pongo por caso, hallábase los de Nueva York, Londres, Kobe, Rotterdam y Schanghai. No cabe duda que de un salto va a pasar por encima de los tres últimos.

Por si algo faltaba, se zanjó la cuestión con China, la cual ha intentado recuperar la valiosa plaza: propósito que, de conseguirlo, habría completado la labor de Sun Yat Sen, aquel doctor al que apoyaba Rusia y que fué incansable en inventar dificultades por lo que respecta a sus poderosos vecinos, que incluso tras la obligada renuncia a multitud de privilegios, llegaron a tener que soportar la competencia que a su monopolio de cables hacía una inalámbrica instalada en tierra firme.

Rule, Britannia. Copartícipe con los Estados Unidos en la administración de la bomba atómica, nada le preocupará al reinstalarse en el soberbio nido, otra vez fortaleza insignie, y en disposición, por tanto, de vigilar y proteger un comercio que señoreaba la China meridional y los mercados del Tibet, con sus fabulosas caravanas de camellos. Y aunque la fortuna no se deba al esfuerzo propio, sino a la ajena catástrofe, no hay que desdeñar esa flamante categoría portuaria a que arriba se alude: la tercera del mundo.

Pero no me propongo disertar acerca de la política internacional, que en estas columnas cuenta con acreditados especialistas, por lo que sobrarían mis deficientes comentarios. Yo me limito a preguntarme a mí mismo, en la rumia de lejanas nostalgias: ¿cómo recibirá Hong-Kong a sus amos, momentáneamente desposeídos, y cómo encontrarán ellos el reconquistado hogar, tan dulce, no obstante su cimentación en roca? Los japoneses alteran aquellos lugares que los sufren, y más en lo moral que en lo externo y tangible: recuerdo, por ejemplo, que su guardia en el Bund de Shanghai trocó el fantástico paraje, donde el Extremo Oriente desbordaba en un embriagador babelismo; redujo la ininterrumpida feria a una aterrorizada pista, casi desierta. Por lo que toca al emporio que parecía ya desvanecido, y que vuelve, era uno de los más característicos trofeos de los anglosajones; al extremo, que yo pensé ante él que, contemplándolo, retornaría el vigor imperial a quienes, descendiendo de los Empire builders, se sintieran debilitados en uno de los fundamentales sentimientos de la raza.

Precisamente ahora se cumple el siglo, con la añadidura de dos o tres años, de la ocupación de Hong-Kong por una colonia británica, fugitiva de Cantón a causa de un conflicto en el tráfico del opio, de que se derivó la guerra así llamada. Los barcos de Su Majestad no tardaron en presentarse, y Pekín hubo de aceptar un tratado que encadenaban indemnizaciones y prerrogativas. Por de contado, Hong-Kong pertenecería en adelante a sus casuales huéspedes. Denomi-

nábase entonces Hiang Kiang, y albergaba unos cinco millares de indígenas, que han subido en el curso de la centuria a un millón y unos cientos de miles; los blancos, levadura de la masa amarilla, son veintidós mil. De igual manera se magnifico el escasear. La enorme mole de piedra cubrióse de plantas tropicales, y entre sus flores se construyeron los proverbiales pabellones con veranda, así como, entre sus raíces, los aljibes. Sucesivas, progresivas descargas de dinamita, por no decir oro, multiplicaron los campos de tenis, acabaron por trazar el hipódromo. He aquí el club, envuelto en buganvillas, y la residencia del Gobernador (el inacabable palo de la bandera erguido en la arena) y, no distante de un templo budista, la Christian Mission. Al pie de la montaña, la ineludible City, los Bancos, el Post-Office, tiendas con metropolitanas mercancías de lujo, el gran hotel Gloucester: un monumental conjunto de bloques grisáceos, que representan con dignidad a las afonadas calles londinenses. Por su parte, los nativos, con su inverosímil censo, establecieron en las vías principales sus bazares de la seda y el marfil, y derramáronse por las innumerables cuevas escalonadas y con banderolas, cuyas alturas se ganan en palanquín, y en donde viejos de quienes no se acuerda la muerte y niños que nacen ya centenarios, reposan, piñosos y seniles, en torno a los anabres con unas bolas de arroz y unas madejas de fideos. Salvo en la zona neutral de los bazares, entrambas poblaciones se ignoran, como no sea que mutuamente se desprecien la flemma de los occidentales y la pasividad de los orientales. El oficial con uniforme caqui y el bastoncito en el sobaco, la dama platana y con un agresivo perro escocés, no penetran en el pestilente y variopinto vivac de los espectros de pajizo color, quienes tampoco se aventuran a cruzar por delante del policía hindú, con una faja rodeada a la cabeza, o del coloradote y macizo de la pipa y el salacot. Fachada o prólogo plástico, constitúyelo un square en que la reina Victoria, su hijo Eduardo y su nieto Jorge aparecen fundido en bronce el traje de ceremonia; y es el epílogo un dilatadísimo campamento acuático formado por sampanes, la telarañoso embarcación, única vivienda de las más desamparadas tribus. El manto de armijo oculta la lepra.

Por último, el Peak, el célebre Pico, cumbre y remate de Hong-Kong, ese pudding al que conduce un vertiginoso y garantizado tram. Desde allí domina la bahía en lo que cabe, pues rampas, morros, caletas, isillas van transmitiéndose el horizonte, como si lo escamotearan. Y, en efecto, a lo largo de los tiempos, lograron hurtarlo a las intenciones de los portugueses, los ingleses y los japoneses, herederos unos de otros. Los chinos, con la trenza o sin ella, hubieron a no ser en una remota antigüedad, de limitarse siempre a soportar el juego de los demás. Unicamente los ingleses retomaron, retomaron tras el sabido episodio. Helos en la cima a la que en el acto se trasladan, y ya revisarán luego cuanto por abajo queda. Bien, muy bien. Diríase que, arrepetido o astudado de su táctica, la bahía se entrega de una vez, con lo que sampanes, juncos —con su vela de ala de murciélago— remolcadores, yates, tenders, veleros, mercantes, paquebotes y acorazados llenan las ensenadas y los canales, acuden a los muelles. Magnífico triunfo... Sin embargo, la verdadera gloria del portentoso lugar corresponde a España. Porque en él, en el islote de San Juan, que está en la desembocadura del río Perla, murió San Francisco Javier, que no iba sino por el negocio de las almas.

Federico GARCIA SANCHIZ
de la Real Academia Española